

Ha muerto el que fué "Gil de Escalante" para el público y Juanito Spottorno entre sus amigos, desaparición repentina e inesperada en el vacío del verano. Una cábala de redacción, acoplamiento de diferentes plumas a una plantilla, lo convirtió de poeta en "cronista de salenes", contra gusto e inclinación, hace unos cuantos años, creo que fué por los de la guerra y en "La Nación" de entonces, que no era el mismo periódico de ahora, si mal no recuerdo. De allí pasó al "A B C", donde su firma se consolidó en la misma especialidad. Pese a su desafición, Spottorno sería "cronista de salenes" por lo que le restaba de vida.

Sentimental, de corazón y caracteres niños, formados en Cartagena, su cuna, donde alboreara también su juventud; afectuoso, natural, sencillo, amigo de noviazgos románticos y de jiras provincianas, no sintió nunca el menor gusto por la vida de salón ni, si me fuerzan a decirlo, tuvo preparación adecuada para ella. Yo le oí decir muchas veces, dando a entender, sin duda, desamor por la farsa del gran mundo, que él hubiera querido poder ser cursi, rematadamente cursi. "Gil de Escalante" advino a la sociedad madrileña cuando ésta adolecía ya, próxima a las boqueadas finales. Las grandes casas nobles y aquellas otras que, sin serlo, las apropiaban, habían cerrado sus portones heráldicos, entreabiertos en adelante por rara excepción.

Los hoteles de lujo reemplazaron, como marco de fiestas mundanas, a las mansiones vetustas. Claro es que ya no era lo mismo. Al hotel va quien paga, y a nadie, a guisa de pergaminos, se le piden otros que algún billete de Banco de valor no muy cuantioso, a decir verdad; de manera que "el grupo" aristocrático de antes quedó sustituido por una plutocracia muy relativa. ¿Quién no atesora alguna vez veinticinco o treinta pesetas para gastarlas de golpe en noche de rumbo, por llamar así al módico dispendio?

Lo que se llamaba "sociedad" hace próximamente un siglo, allá por los isabelinos años del 30 al 60, se identificaba exactamente con la aristocracia. No se concebía otra sociedad que la formada por grandes y títulos, con sus parentelas correspondientes. Si quería franquear el acceso al "círculo encantado" un cualquier individuo que alegaba gran fortuna, había de procurarse blasones, fuera por camino matrimonial, creación regia, o, en último término, pontificia, a cuyos títulos los hidalgos de Castilla apelaban burlescamente papalinos. Esta época se perfilaba en los célebres chocolates de la mariscalca de Castilla, dignidad aneja a la Duquesa de Noblejas, "que exigía a sus invitados, como requisito previo indispensable, la tenencia de cuatro apellidos de nobleza comprobada plenamente". Con el marchamo supradicho, de una ejecutoria grande o pequeña, negociantes, banqueros, prestamistas de mucho buque, gentes enriquecidas con los bienes desamortizados, otras con provisiones al Ejército de las guerras civiles y hasta antiguos negreros, pudieron pisar las salas de Palacio. Los generales, políticos, aquellos célebres espadones que tan graciosamente pone en solfa nuestro gran don Ramón del Valle Inclán, se agenciaban también sus correspondientes denominaciones nobiliarias muchas ducales de que están llenas las guías oficiales de España.

Toda la llamada "vida de sociedad" pasaba entonces dentro de la aristocracia que rodeaba al trono de la reina castiza. En el alcázar de Oriente se celebraban bailes de trajes, conciertos donde algunas veces muy sonadas dignaban dejarse escuchar nada menos que sus católicas majestades, a quienes el cielo, pródigo, dió, además de otras magníficas cualidades, excelentes voces cantoras: tiple aguda, la de don Francisco, y contralto, la Señora. En aquella época, según nos cuentan las memorias de Fernández de Córdoba, había tertulia constante y numerosa por las cámaras palatinas a toda hora, desde la mañana, entretenimiento de gente aupada en espera, fueran damas de su majestad, gentiles-hombres o títulos que tenían concedida audiencia, o ministros con despacho, todos aguardando a la soberana, para quien no había horas ni ocupaciones inaplazables, pues entre comadres, intrigas, inesperadas visitas de frailes y monjas milagreras, correrías anónimas con mantoncillo y pañuelo popular, se le escurría el tiempo entre las manos gordezuelas, envaradas de sortijas relumbrantes.

Las intervenciones sociales de la condesa del Montijo, que tanto en su palacio de la plaza del Angel, como en su quinta de Carabanchel, admitía personas no pertenecientes a la aristocracia, espe-

cialmente de toga, a quienes, a causa de los muchos pleitos sostenidos por la dama, había necesidad de bienquistarse, marcó una crisis de relajamiento en elegancia.

La revolución del 68, después el rápido paso de don Amadeo por el Trono, con su cortecilla, a duras penas reclutada, y la primera República llevaron arriba a la burguesía rica, sin exigirle ya que se enmascarase de noble. Aunque con cierto desdén, consintieron los gentileshombres de Algete en tratar de cerca a generales y políticos de apellidos francamente plebeyos, si bien pudo darse el caso de que alguno, ministro por más señas, fuese mantenido a estilo del Quijote, como si lo hubieran copiado de un tapiz goyesco, ante la hilarante presencia de Alfonso XII.

Con la Regencia, la sociedad se acostumbra un poco a campar por sus respetos, porque doña María Cristina, recluida en su palacio, no la ve ni la entiende sino muy de lejos. La antigua archiduquesa de Austria, que sabe muy bien el valor relativo de cada linaje y blasón, elige como amigas íntimas, aunque siempre bajo el peso del respeto debido a la soberana, a un grupito de señoras muy alcornicadas, católicas intransigentes y, ¡ah!, casi todas proyectadamente feas.

"Asmodeo", que ejerce de "cronista de salenes" desde el final del período isabelino, gustaba, según fama eternizada en "Pequeñeces" por el P. Coloma, fraques forrados prudentemente de hule, para evitar deterioros a los diversos bastimentos de los ambigús de sus amigos le proporcionaban gratis y abundantemente.

"Kasabal", escritor de vena, contó con garbo literario en los periódicos los tráfigos mundanos, y en privado, las historietas picantes del período María Cristina de Habsburgo. En ambos estilos fué inimitable, tanto en el dulzón merengue como en el cáustico que levantaba ampollas.

Hacia la Regencia del duque de la Torre, cuando señorea el pabellón de Buenavista, su hermosa consorte, aparece en Madrid un joven peripuesto y discreto, procedente de la montaña santanderina, donde tiene reconocido pendón y caldera. Posee alguna fortuna, se viste con atildamiento, usa barba castaña recortada y ha llegado a la corte, como los hidalgos del tiempo de los Felipes, para hacer fortuna.

Cierta noche en que rodeado de gentío sale el mozo provinciano de los bufos, donde acaba de solazarse con las suripantás de Arderius, recibe en pleno rozagante rostro dos robustas bofetadas, que restallan como un aplauso más a las bailarinas.

El agresor, que va vestido de frac y sombrero de copa a lo gran señor, es cargado de espalda, achaparrado, barba rubia partida y ojos garzos, muy inteligentes.

—¿Pero qué es esto? ¿Está usted loco? —exclama el jovencuelo, tímido, más estupefacto que colérico.

El caballero de la barba florida se le queda mirando fijamente, y con el tono más natural del mundo le responde: "Perdone usted, joven. Lo he confundido con un periodista que me insultó en su libelo hace unos días, cuestión de política y... de pesetas. No sé cómo indemnizarle a usted de esta escena tan desagradable. Quiero que me diga en qué podrá servirle de algo. Me llamo el Marqués de Sardoal, y deseo me cuente entre sus amigos."

Deslúmbrase el zagal y cree ver el cielo abierto. Aquel hombre que le había concienzudamente abofeteado era nada menos que el todopoderoso político revolucionario, primogénito de los duques de Abrantes. Entonces...

El camino de su destino estaba abierto. —Yo, señor, repuso el muchacho, me llamo Eugenio R. de la Escalera, y he firmado algunos articulillos y ecos de sociedad allá en mi tierra con el pseudónimo de "Monte-Cristo".

—¡Ah! Muy bien. ¿Quiere usted cultivar ese género de literatura aquí en Madrid? Cosa hecha. Yo le busco periódico y mañana, si usted tiene la bondad de aceptar, lo presentaré en la tertulia de la duquesa de la Torre.

Así empieza su sacerdocio social Monte-Cristo, y al llamar así esa su actividad, no lo hago a humo de pajas, porque Eugenio Escalera levantó en su alma, sobre todas las cosas, un altar de devoción fanática a las jerarquías, no ya a

las que constan por escrito y son oficiales, sino también a aquellas otras más impredecibles y volátiles que tienen como razón de ser un juicio del mundillo aristocrático al parecer arbitrario, pero en realidad sujeto a mil circunstancias imponderables, sin embargo, decisivas.

La sociedad de la Regencia ha sido descrita magistralmente por doña Emilia Pardo Bazán en las líneas con que "al prologar" "Cuestión de ambiente", primera novela de Antonio de Hoyos y Vincent, saludaba al autor como un talento incipiente de gran interés y porvenir.

"Ni la buena sociedad se reduce a aristócratas de la sangre, ni basta serlo para formar parte de ella, ni los que la componen pertenecen siquiera todos a alguna de las consabidas varias aristocracias del poder, del dinero, del talento; gente de muy buena cepa no pone los pies en un salón, y es posible que a resucitar los enérgicos barbas y los refinados galanes de Calderón y Lope, caballeros de venera en ferreruelo y de almena en castillo, y asistir a un moderno sarao, se volvieran a morir de asombro reparando con quiénes se codeaban. Así, pues, lo malo y bueno que de la sociedad se escriba deberá aplicarse a cuantas clases sociales se mezclan en su terreno de aluvión."

La buena sociedad o "crema", como entonces se la denominaba, era, en efecto, una amalgama en cuya fraguación ejercía la aristocracia el papel unitario del mercurio en esa clase de masas, es decir, que daba tono y perfume al bordinio condimentado, de suerte que todos los materiales, fuese cual fuera su procedencia, se enrollaran bajo bandera de nobleza. Pero para moverse sin choques dentro del nuevo grupo que sustituía en su papel de predominio a los antiguos, más puros de forja, era preciso un conocimiento cabal del escalafón constituido, no por artificioso menos exigente e imperativo.

El periodista que entraba en el laberinto perdía fácilmente pie al tratar de describir en sus crónicas lo que allí pasaba, porque no le era en absoluto permitido escribir "lo que es", sino lo que "debía ser". Los palacios de los magnates, por descalabrados y ratonosos que estuvieran, no podían mostrarse al público sino como alcázares maravillosos, conformándose a la regla de Gracián en el "Discreto": "que los magnates vivan con tal esplendor, que si las estrellas del cielo, dejando sus celestes esferas, bajasen a morar entre nosotros, no vivieran de otra suerte."

Una rica hembra, de proleja esclarecida, que además poseyera rentas correspondientes, había de ocupar, necesaria e ineluctablemente, el primer plano de las reseñas periodísticas y engalanada con los adjetivos de bellísima, hermosísima, elegantísima, aunque fuera ochentona, bisoja y perniquebrada. En cambio, una burguesa, por lozana y agraciada que fuera, jamás podía merecer los elogios de "primera clase". Para ella no existirían nunca los superlativos ni la explicación en detalle de sus trapos y alhajas, aunque llevara consigo los tesoros de Golconda y la vistieran las propias sílfides. Sólo en caso de extranjerismo de la persona se podía infringir la regla, colocándola en lugar preeminente, por escabroso y poco linajudo que fuese su origen o ascendencia, porque manicuras, doncellitas y hasta cocineras, traducidas del francés al castellano, ganan mucho sin duda.

"Monte-Cristo" fué más que cronista de sociedad jefe de protocolo, hierofante hermético, dragón en vela, celoso guardián de todas las distancias y privilegios establecidos. En sus revistas cada uno estaba en su sitio, ni un renglón más arriba ni un ápice más abajo. Por eso consiguió una clase de auge desconocido para ningún periodista antes o después de él. En cierto modo alcanza un lustre semejante al de Jorge Brummel en la Inglaterra previctoriana. De la tertulia revolucionaria y no muy difícil de la duquesa de la Torre supo saltar, en brazos de Sardoal, a la acera de enfrente, donde reinaba la duquesa de Sexto, con su corte de notables alfonsinos. "Monte", como se le denominaba en distinguida familiaridad, fué reverbero de todas las fiestas elegantes a finales del siglo XIX. En el último salón de aquella época, el de la marquesa de Squilache, donde las mezcolanzas del de la Montijo se habían acentuado con el caer de los tiempos, representa Escalera el papel de "Pontífice Máximo". Después subió hasta las partidas íntimas de juego en los palacios de Oriente y de la Magdalena, en compañía de majestades y altezas reales. Cuando Pilar Laríos desapareció,